

## ¡BENDITA LOCURA! ET SUSEIA.

“Solo los locos, entienden lo que hacemos.” ¡Bendita locura!

Los “cuerdos” te recriminan a la cara, pero a nosotros nos sobran sus observaciones. Y es que ellos no quieren; dicen que no pueden, que no es el momento. Algunos incluso tiran por tierra llegar a realizarlo, y muestran su desdén con excusas tales como “quita, quita, yo, ni a la vuelta la esquina”.

Cuando les cuentas con ilusión desmedida tus experiencias, sorprende recibir respuestas de este tipo, pero con el paso del tiempo, les miras y asumes que no hay más cera que la que arde.

“De qué sirve empujar más, si la tienes toda dentro”, es simplemente una expresión graciosa que suele venir a mi mente, cuando nada puedes hacer y te quieres ahorrar molestias.

Termina ya por no afectarte, no pierdes el tiempo, y decides que los “locos”, son los únicos con los que merece la pena desnudar tus sentimientos. Es más gratificante.

Y tú, no piensas más que en preparar el siguiente Camino. Otro loco, gracias al Señor.

Hacer el Camino, es el “Premio Gordo” de tus sueños; planificarlo es como ir metiendo las bolas en el bombo. Elegirlo, es como ir a la administración de tu barrio y apuntar a ciegas hacia un boleto cualquiera.

A diferencia con el sorteo de Navidad, aquí siempre tienes premio. Toca a todos los que apuestan, y como cada Camino es diferente, te da igual te toque el “gordo”, el tercero o un quinto premio. Es seguro que no te decepcionará.

Angel ya está caminando, qué cab.... ¡Eh, Eh, envidia sana mamonazo! ¡Que tengas un buen Camino.! Nos pasa a todos cuando en las redes ves que “ese loco” de nuevo ha puesto pies en polvorosa, y posa en lo más alto de Mosterales con el sol de la mañana emergiendo tras su mochila.

A la tarde, te sorprendes babeando cuando lees su crónica y saboreas las tropecientas maravillosas fotos de su magnífico día. Te vienen tantos buenos recuerdos..... ¡la noche estrellada en San Antón!

Pepe, acaba de colgar una foto de su mochila ya preparada junto a su bordón en la puerta de su casa. ¡Todo listo grita! y notas que esa sana envidia, se está convirtiendo en ansiedad.

Desde el otro lado del mundo, alguien con nombre “innombrable” y con una pésima traducción al castellano, solicita información sobre el albergue de Tineo, cómo llegar a Sarria desde Burgos, o qué comer en Caborredondo. Al instante, catorce respuestas de..... ¿otros locos?, llenan una página con sus múltiples opiniones sobre literas y baños, horarios de autobuses y trenes desde Coruña y Murcia y los restaurantes más chulos y baratos de toda Cantabria. Y es que cada uno es hijo de su “Santa Madre” y sus cinco sentidos difieren cómo no, desde el gusto, la forma, el color y la textura de las famosas croquetas de Casa Marcelo.

Sin duda alguna, el coreano acabará duchándose en Tineo; el australiano llegará a Sarria sí o sí, y el Mexicano acompañará con una cayenita las famosas croquetas. Todo en su sitio y todos satisfechos. ¡Hagan sus apuestas! Lo dicho, una lotería con un millón de premios.

¡The Camino provides!, memorizó James el sudafricano conversando con Vicente de Murcia en el parroquial de Estella, tras soportar una semana de calor soporífero en pleno julio.

La verdad es que el murciano, tiene razón. El Camino te da aquello que necesitas cuando y como lo necesitas. La medida no importa, porque en él, todo sabe mejor y los sentidos se agudizan tanto que sientes que has recibido el triple de lo que ansías. Otra cosa es buscar lo que quieres, que eso, en la vida rutinaria lo puedes encontrar a base de tirar de tarjeta, y otra cosa es encontrar aquello que no esperas. Esto último puede ser delicado, pues puede trastocar tus hábitos. Desde sorprenderte que caes bien a los que te encuentras a diario a fin de etapa, tú que todos tus amigos te apodan “el sieso” o de llegar a sentir acelerados pálpitos cuando caminas al lado de Martina, la italiana de la que no te has despegado desde que saliste de Zamora y que te incitó a seguir hasta Fisterra, sabiendo que te quedan diez míseros euros

en el bolsillo. ¡Non preocuparti! te dijo en Santiago, y poco te costó llamar a casa para comunicarles que tardarás unos días más en volver.

El amor en el Camino..... ¡ese bicho!

Un día recibes la llamada de un amigo, de esos buenos, y te expone que se siente confuso, que está pasando un momento "delicado". Se ha acordado de ti, ya que en las veladas de los viernes, tú no hablas de otra que el dichoso Camino, y le vino a la mente que asegurabas "curarte" cuando desaparecías por esos lares hacia Santiago. De repente el pulso se acelera y te vienes arriba con la excitación del momento. Un minuto tardas en enviarle los siete enlaces más valiosos que guardas entre tus archivos. Al otro lado, tu amigo engorda solo de ver tanta información sobre el Camino; itinerarios, albergues, longitud de las etapas, visitas culturales, gastronomía y lugares sagrados. Quizá demasiada información en ese altivo momento. Un día llegará con catorce calzoncillos en la mochila a San Vicente de la Barquera, y se verá yendo a Correos a mandar once de ellos a su casa, e incluirá en el paquete cinco camisetas, un litro de gel, cuchillas de afeitar y las botas último modelo que con su último sueldo compró en la especializada tienda de su pueblo. Nadie le habrá dicho que lo haga. Él solito se ha dado cuenta que lo necesario lo ha transformado en cinco míseros kilos, y el mayor peso, ese que no hay báscula dichosa que lo mida, se ha ido quedando por el sendero a lo largo de cientos de kilómetros. A su regreso lo adivinarás en su rostro; salió con el peso muerto de su casa, pero lo fue soltando entre las miles de pisadas que le llevaron hasta la morada del Santo. Vuelve a casa agradecido a Él por haber lamido sus heridas, sin darse cuenta que es él mismo quien con su esfuerzo las ha cicatrizado. Pepe, en breve comienza su tercera andadura. No ha vuelto a dejar una sola piedra que valga en Cruz de Ferro, dice que ahora siempre llega allí ligero. ¡Bendita locura me dijo en la estación la última vez que lo vi! Et suseia le respondí.

¡Grañón, me mandan a Grañón, y en pleno Agosto!

Eduardo está tan contento, como confuso. Va a realizar hospitalidad por primera vez, y en su primer destino pretendía unos días tranquilos en Arrés, aquel maravilloso pueblín donde los atardeceres se transforman en un lienzo digno de museo.

Va a ser que no. Disfrutará igualmente de un entorno de ensueño, pero empleará todito su tiempo en.....madruga, sirve, despide, limpia, recoge, viste, compra, recibe, abraza, instala, ficha, sella, instruye, limpia de nuevo, cocina, vuelve a recoger, descansa.....si puedes.

¡Sonríe! Es la expresión que más se agradece en un hospitalero.

Cuando en la temprana mañana los peregrinos ponen de nuevo pies en polvorosa, suelen mirar atrás para mostrar un último saludo, y si ven una amplia sonrisa de satisfacción en tu agotada cara, afrontan felices una nueva dura jornada bajo el sol. Recordarán de por vida tus deliciosas lentejas. Quizá también te recuerden a ti, y eso, sí que no tiene precio.

¡Esos sufridos hospitaleros! Qué sería del Camino sin ellos. De hecho, son los que con sus abrazos construyen un idioma universal, el del amor, a base de entrega por y para cualquier hijo de su madre que se aventure a recorrer los senderos del peregrinaje.

¡Íntima satisfacción del deber cumplido!, me decía Víctor, aquel ex legionario que cada día, tras sus cuarenta kilómetrazos, aún tenía fuerzas para ofrecerse a pelar las patatas para la tortilla que un montón de desconocidos saborearían esa tarde. Todo lo más que recibirá será un aplauso de tres australianos que ese día coinciden en el dormitorio con él. Quizá cambien de parecer al "degustar" también sus ronquidos esa interminable noche. Los italianos, cenaron pasta, sin tortilla. Mantienen invariables sus costumbres. Han dormido bien, han acabado con toda la mermelada y la mantequilla, y se van gritando calle abajo. Esa costumbre suya de hablar como si distaran quinientos metros uno del otro; te asalta la duda de si se van cantando o jurando. Son únicos.

Celso, el agricultor jubilado de ..... taitantos, cada mañana madruga y viene desde su casa únicamente para disfrutar del espectáculo. Le encanta saborear el café recién hecho en los fogones del albergue, mientras charla "a" la pareja de coreanos. Estos, callan clavando sus miradas en los arrugados ojos de Celso; no entienden ni jota, pero saben que están en su pueblo. Aguantarían en esa posición horas, mientras Celso siga charlotteando a sus anchas. Ante todo, respeto, y ellos dominan ese arte.

Cada año, se repiten innumerables historias como estas a lo largo y ancho del Campo de las Estrellas. Miles de personas se visten de colores, se calzan sus mochilas y se lanzan a la aventura peregrina. Muchos de ellos, la mayoría, por primera vez; otros tantos tienen que hacer recuento de sus credenciales para recordar las veces que han pisado Santiago. Son los "caminoadictos".

Son admirables aquellos que tras años de paciente ahorro, parten desde todas partes del extenso mundo únicamente con una mochila cargada de ilusiones en busca de paz, y reconforta escucharles confesar en los ocasos veraniegos, que la han conseguido. Santiago los bendice cada mañana y ellos se acuestan exultantes cada noche. En las paredes de sus hogares exhibirán un bonito marco rezando su nombre en latín y su merecido premio "gordo" serán el recuerdo de las emociones vividas en este largo trayecto, las sensaciones de haber sido escuchados en sus oraciones; y cómo no, los amigos tatuados a fuego de por vida en sus corazones.

Muchos volverán al Camino en el futuro, pues la experiencia adquirida aquella primera vez, les enseñará que no es necesario meter tantas bolas al bombo, y que el boleto puede adquirirse en cualquier rincón del planeta. Se sorprenden cuando los empiezan a tachar de locos allende los mares, pero no les molestará. ¡Bendita locura!

¿A quién no se le eriza la piel de emoción, cuando a los pies del altar está siendo bendecido en Roncesvalles junto a otros quince desconocidos? Victoria la segoviana comienza su quinto Camino y te explica lo que ello alimenta su alma, y sin darte cuenta, te lleva sin escapatoria hasta esa capilla en medio de la nada; te sorprende sentir hervir tu sangre peregrina, cuando aún no has dado ni tu primer paso. Ese día, las montañas que te rodean, parecen gigantes acechando. Días después te convences que solo eran molinos. Tus doloridos pies se han adaptado a las interminables caminatas de sol a sol, tu semblante se ha abrasado bajo la pastosa crema en la que cada mañana te embadurnas, tu mente comienza a vaciarse de tanto peso como el que soportabas al iniciarte ese ya lejano día, y tu corazón se ha llenado de placentera paz, ¡y no pesa!

Te sientes feliz, de eso no cabe duda. Si te preguntan por qué haces el Camino, te sobran las excusas: "Quería encontrarme a mí mismo; necesitaba saber que mi cuerpo resiste; mi Dios me estaba llamando; lo prometí cuando estaba enfermo; me pedía el cuerpo escapar de mi monótona vida;....."

La moraleja final te lo descubrirá. Es posible que a cinco días de llegar, no te acuerdes de "ese", "ese" y "ese" problema con los que estérilmente guerreabas, y comiences a asumir cual en verdad has de asir por los cuernos a tu regreso. Has reseteado tu mundo y te convences que únicamente merece la pena encarar aquello que realmente te acecha, y que con empeño lograrás darle solución. Han hecho falta treinta días de inenarrable sufrimiento para aliviar tus pesares y has adquirido el coraje necesario para afrontar tus insignificantes penas. Un psicólogo habría tardado mucho más tiempo en curarte, y te habría salido más caro. De nuevo retumba en tu cabeza ¡Bendita locura!

Escuchamos decir que el Camino ya no es lo que era. La gente lo expresa de mil maneras. Muchos son los que así opinan y sus oyentes lo llegan a creer. Las experiencias de cada persona son únicas e intransferibles. Algunos se convencen mirando con el color de cristal ajeno, sin contar que colores hay infinitos. Que todo el mundo quede satisfecho, es una utopía, lo que sí es real es que si te dejas arrastrar por las opiniones de los demás, es posible recorras sus mismos senderos con el mismo lúgubre y oscuro color, sin percartarte que eres tú quien coloreas tu propio Camino.

C'est la vie! me dijo Marguerite en Montamarta, mientras se introducía en su colorido poncho, ese el único día que cayeron dos gotas en toda la Vía de la Plata. Se notaba que sabía de qué hablaba, porque entre gota y gota de lluvia, se pelaba la naranja con avidez, mientras los trallados bastones colgaban de sus antebrazos. Con todas sus articulaciones repletas de palos, naranja, mochila, poncho y navaja caminaba, sorteaba, sonreía, hablaba y manejaba la navaja como si el sendero fuera su cómodo salón de su lejana casa. Es de esas personas que no apuestan a la lotería ni en Navidad. Su forma de vivir, ya es un premio.

Pilar, "la maña con perro". Dice que caminar con Bruno es su lotería, y que la experiencia de compartir Camino con su mascota no tiene precio. En verdad, sorprende ver la singular pareja peregrina y "perregrino" unidos por un cordón umbilical en forma de arnés y cuerda, disfrutando él de las piñas rodantes caídas sobre la calzada, penando ella por los tres kilos de pienso, tres litros de agua, tienda de campaña automontable y chuches perrunos que le toca acarrear.

No es nada fácil lanzarse al Camino con tu mascota; aunque despiertes la admiración de los demás caminantes y permitas los cientos de caricias en el cogote de tu perro, la infraestructura animalista no se ha conseguido depurar en favor del alegre perregrino para permitir su andadura por estas tierras con plena garantía. ¡Patrimonio de la Humanidad!

En verdad, queda mucho por hacer en este sentido. Al menos Bruno disfrutará sin recelo de una bien ganada libertad, como cualquier otro caminante, y recibirá su "Compostela perruna" gracias a la dedicación de cierta buena gente amantes de los animales, que un día pensaron que las mascotas, también merecen un apropiado reconocimiento.

Su dueña se sacrificará para proporcionarle júbilo. Es un hecho que sabe que debe asumir.  
"El que quiera peces....."

¿Quién no se ha encontrado durante su andadura en alguna ocasión con Pavel el polaco? Como él, decenas de Pavel no pudientes transitan por el Camino de las Estrellas exentos de medios económicos. Seguro no será por gusto pues la vida quizá no les ha favorecido en el transcurso de su caminar, pero su derecho a peregrinar, los lanza de forma austera al Camino tras ansiar el mismo sueño de encontrar paz; quizá tras librar duras batallas similares a las de cualquier hijo de vecino, eso sí, buscando aquellos cobijos que sin afán de lucro ofrecen donativo; lugares "sagrados" que sin ser gratis, permiten a las almas rodearse de un aura de bienestar.

¿Cuánto dejas tú en los albergues de donativo? Gran cuestión de la mayoría de nuevos caminantes. Todos sabemos lo que un albergue de este tipo ofrece al peregrino. Un HOGAR. Quizá no tan bonito como tu casa, pero diez veces más cómodo. Allí no está mamá para echarte una reprimenda por no recoger tu plato, y menos aún por no limpiar tu habitación. Recibes una cariñosa bienvenida y un amistoso trato al llegar con todos tus músculos deshechos tras una dura jornada; te han preparado una cómoda camita tras recibir una relajante ducha para que te desparrames en tus ratos de asueto, pues un buen descanso es primordial para acelerar una rápida recuperación. Has compartido una sabrosa cena y un no menos potente desayuno, ¡y sin solicitarlo!, y lo único que se espera de ti, es que aflore tu generosidad y dentro de esa pequeña cajita de donativos se refleje tu valoración del amor recibido y tu forma de agradecerlo.

La cuestión final es ¿qué dejas tú en los albergues de donativo? Únicamente se espera una respuesta: que decida tu corazón.

Kara, de Australia. Mathias de Alemania. Kurt de Noruega..... Se quedaron por el camino. Un precipitado regreso a sus hogares frustraron su sueño por "su mala pata". Mathias al menos, pues no vio el socavón en la acera de Castrojeriz, y su tobillo dejó de responder en el momento que escuchó aquel terrorífico ¡crack!

La gripe acabó con Kurt. acostumbrado al frío en su país de residencia, se hizo el fuerte en el invernal páramo castellano, sin darse cuenta que los virus de la gripe, campan a sus anchas también en estas tierras. Kara descubrió algo que no esperaba. Es alérgica a la picadura de "ciertos desagradables bichitos" que decidieron acoplarse a su mochila cuando disfrutaba de una placentera siesta sobre la hierba, ante la pasividad de un puñado de vacas en aquel verde campo en el puerto de Otxondo. Dura subida.

Tras sufrir un inesperado desmayo y ser urgentemente evacuada al hospital de Pamplona, se le diagnosticó un "debe usted regresar a su casa fräulein". No se frustre usted, el Camino siempre la estará esperando para cuando decida regresar, añadió el simpático doctor peregrino ¡qué coincidencia!, en su informe médico.

El Camino pone a cada uno en su sitio. A veces con dureza, otras con vehemencia. Como las piezas de un tetrís, los caminantes van encajando a lo largo de su grandioso trazado de manera que nadie queda fuera. No falta una cama, un plato y una ducha para todo aquel que se vea inmerso en la celestial senda que une todos los destinos del ancho mundo. Miles de corazones llegados de todas partes recorren cada año la senda de las estrellas buscando cada cual cumplir su sueño.

Ishmal, huido de Siria durante "cierta Primavera", camina hoy junto a su hijo Nacir hacia Santiago convencido de que si Dios existe, llamemos como le llamemos, es para todos el mismo que "vivito y coleando" nos observa desde las alturas. Es la demostración de que cualquier alma puede realizar el Camino de Santiago. Diferentes culturas, razas, religiones..... todas ellas con el objetivo de abrazar al Santo en su morada. En su caso, la religión no va a ser motivo de exclusión. Al menos él vive y procesa una divina creencia, y ésta le aporta la fortaleza necesaria para realizar el esfuerzo que le permite agradecer a Dios poder compartir junto a su hijo la vida y la libertad que un día estuvo en un tris de perder.

Santiago Apóstol no va a juzgar si llevas ropa de marca, si comes menú o si en algún momento de flaqueza has cogido un autobús para terminar una dura etapa. Seguro que en sus planes no entra infligir castigo a quien su estatus le permita enviar al siguiente albergue su pesada mochila, así que menos derecho a criticar tenemos los mortales, pues desconocemos el peso que en sus vidas suelen acarrear.

Hoy María, desde Ecuador, no ha podido evitar dejar que una lágrima fluya de sus ojos mientras hacía zafarrancho en casa, al pasar un paño por el marco que contiene su nombre en la pared, los recuerdos han aflorado en su cabeza. Igualmente le ha ocurrido a Xavi en Donosti, Patric en Dublín y Yejun en Corea. Imposible borrar una de las más gratas experiencias por todos ellos vividas. Para todos ellos, "no es un papelajo cualquiera" ese que muchos citan, y que ellos ganaron a base de sudor y sacrificio.

Bruno descansa sobre el suelo del estar, ajeno a subidas de IPC's, incrementos de COVID's y explosión de conflictos mundiales. Tumbado sobre su cojín, sus patitas corretean en su profundo sueño. Su dueña al observarlo, no puede reprimir una amplia sonrisa, no lo quiere molestar. Le agrada imaginar que en sus sueños el perrito aun retiene los dulces recuerdos del último caminar junto a ella, su amante caminera. Don Bruno, como así le vitoreaban a su llegada al Obradoiro no sabe llorar, no tiene lágrimas que derramar, pero en su pequeño corazoncito, al igual que miles de locos caminantes, la llama "perregrina" no ha dejado de brillar.

¡Bendita locura! Et suseia.